

La rueda y el tamboril

Ni en ciencia ni en arte podemos prescindir de la edad ya cumplida, de la experiencia lograda por los antecesores. En la aurora de la civilización, la genialidad del hombre inventa sus instrumentos que habían de dominar la sociedad para siempre: la rueda y el tamboril. Nuestra civilización marcha sobre ruedas. Insensato sería que un hombre de ciencia, apasionado por la novedad y bajo el escrúpulo de que nosotros, modernos, vivamos en dependencia de una cosa tan arcaica como es la rueda, aspirase a inventar un disco ovoide o poligonal con que substituir la rueda. Pero la vida no es movimiento a secas; es movimiento rítmico. El ritmo, por muy exquisita y matizada que sea nuestra sensibilidad moderna, no podrá eximirse del

tamboril, como su expresión más sencilla y clara.

PRIVILEGIO DE LOS ANTIGUOS

Claro que el inventor de la locomotora no fué el inventor de la rueda. El inventor de la rueda no podía figurarse que, andando el tiempo, sobre ocho ruedas acopladas se sustentase esa máquina ígnea, de potencia y velocidad formidables. La locomotora es ruedas... y muchas cosas más; pero, ante todo, ruedas. Sin ruedas, no habría locomotoras. Todo lo demás se podrá modificar y perfeccionar; pero las ruedas siempre serán ruedas, como en un principio.

Ni el inventor del tamboril podía figurarse el advenimiento de las orquestas sinfónicas. Como la rueda en la locomotora,

es el tamboril en la orquesta. Pero no creáis que el tamboril primitivo y fabuloso que persiste en la orquesta moderna es un instrumento bronco, compuesto de un cilindro, dos parches y dos palillos; no. El tamboril es... la batuta del director; el ritmo sin el cual la orquesta no existiría.

El privilegio de los antiguos reside en haber vivido antes que nosotros. Vieron el sol antes que nosotros. Y el sol no ha variado; ni ha variado la óptica de la retina humana. Por lo tanto, *nihil novum sus soles*. ¿Qué le vamos a hacer? Lo que hayan dicho los antiguos, lo hemos de repetir nosotros, *velis nolis*. Le añadiremos otras muchas cosas; lo disfrazaremos con nuevas apariencias; pero lo esencial, lo que ellos hallaron antes, no hay manera de modificarlo. La rueda y el tamboril.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

MISERIAS SOCIALES

La Madre Golfa

I

Sobre las frías losas del quicio de una iglesia, que en los días de gala es un ascua de oro, una mujer reposa con un niño en sus brazos al que aplacar no puede ni el temblor ni los lloros.

Es una de esas madres que salen de la Inclusa (la «antesala del Cielo» del decir popular), sin más caudal que su hijo y su cara de enferma, documentos visibles que la hacen mendigar.

Ha sentido en su alma la pasión más grandiosa y ha vibrado su cuerpo con el goce sublime, y ahora tiene en sus brazos la pasión hecha carne y en su afán por que vie!... ¡La noche está tan fría!...

Su pecho está agotado. Tal vez ni sangre quede, que sus sombras de pechos son vejigas morenas... ¡Oh, si su pobre sangre sirviera de alimento!... ¡Con qué inmenso placer se abriría las venas!...

¡Cómo mira a su niño y al magnífico templo! ¡Cómo envidia a la Virgen su magnífico manto y el calor de la cera que ante su altar se quemal... ¡La envidia por su hijo! ¡Como le quiere tanto!...

Sólo pide a la Virgen que no la desampare!... ¡Que no mande la nieve!... ¡La noche está tan fría!... ¡Con qué poco saciara su enorme sed de techol... ¡Bajo una mala estera feliz se dormiría!...

Va pasando el gentío junto al hermoso templo, y al ver en su ancho quicio un bulto acurrucado se miran y una mueca en sus labios dibujan y dicen: *una golfa que ya la está roncando*.

Con dolor y esperanza, con terror y amargura, yerta de frío y hambre, se durmió como un tronco, y al despertar y ver que su hijo no mamaba, de su escuálido pecho se escapó un grito ronco.

Despertó, porque un auto con horrisono estruendo, ¡tal vez irían al baile!... junto al quicio paró.

¡Oh, qué horrible contraste!... ¡Más el hecho brutal que su instinto adivina y el de aquél que soñó!...

¿Qué soñó? Que bajando de su altar suntuoso, la Virgen con su manto la cubrió sonriente y que su hijo querido jugaba con los ángeles y que mil querubines le besaban la frente!...

Y corriendo alocada a la Casa Socorro con el niño en los brazos dando tumbos llegó, y al subir la escalera, a pesar de ser madre, cayó cual rudo leño... ¡Su vida se agotó!...

II

En el frío kirófano los doctores autopsian dos cuerpos que llevaron en la noche pasada. Uno, es un niño escuálido, de apenas quince días, y el otro, una mujer joven, en extremo delgada.

Los doctores pretenden averiguar la causa de la muerte de aquellos cuerpos que están mirando; y como nadie observa ni tan sólo una herida, se miran impertérritos y siguen observando...

Abren el vientre al niño y en él ven que contiene leche y sangre en coágulo por único alimento... ¡Y una sábana blanca como una sombra trágica (la nieve y sus horrores) cruzó su pensamiento!...

Operan en la madre. Dictaminan unánimes: *No hay en ella alimento. ¡Murió de inanición!...* Se miran los doctores con lúgubre mirada, y a pesar de ser médicos, les tembló el corazón.

III

Y ha sido en Noche Buena la espantosa tragedia; y ha sido junto a un templo y en una gran ciudad. Los Dioses, la Riqueza, las Leyes... Todos... todos somos los responsables de tanta iniquidad.

Los lamentos humanos ya nadie los escucha cuando son de una golfa. ¡Así es la sociedad! ¡Salve a tí, Madre Golfa, que tu leche y tu sangre despertó en las conciencias anhelos de equidad!

T. DE LA LL.